

los corazones quedarán grabados los eternos ideales de la justicia y del derecho. Bebiendo estas ideas en aquellas noches relampagueantes, los ánimos se emborrachaban como á un mosto en hervor novísimo. Pero Camilo, en su costumbre de arrojar agua fría sobre los entusiasmos y los entusiastas, exclamaba: «¡Viva el buen Anacarsis!» Como él abramos las cataratas del cielo. Importa un ardite que haya Francia y su razón nacional ahogado el despotismo; se necesita que todo esto inunde al globo, que los tronos de Reyes y Lamas se caigan hasta flotar en el nuevo diluvio universal. ¡Cuál carrera desde Stokolmo á la Iokohama! Vacila el gran espectro que se llama Torre de Londres. Un crecidísimo club de jacobinos irlandeses hace para celebrar su primera sesión un pronunciamiento. Por el camino que han tomado las cosas yo no libraría un penique sobre los bienes del clero anglicano. En cuanto á Pitt, es un ahorcado, pues la linterna le aguarda, si no previene por la dimisión de su cartera la dimisión de su cabeza, pedida ya por el pueblo inglés á voces. Ya prenden los inquisidores el Manzanares; y como sopla tanto la libertad por el Mediodía, podrá decirse ahora que no hay Pirineos. Anacarsis acaba de ser transportado de los cabellos, como hizo el ángel con Habacuc, á las alturas de la política, y ha puesto los límites de la Revolución en los límites de la tierra.» Mucho hacían reír estas gracias, pero con ellas se indicaba que la Revolución pretendía ser cosmopolita, y no estaban los reyes con humos de consentírsele.

Y así, poco á poco, se iba formando un partido, el cual pensaba que, para completar la revolución dentro, había necesidad imprescindible de dirigir una cruzada fuera. Este partido era el partido de la Gironda. Mientras los franciscanos se desahogaban en odas magnéticas de humanitario estro, y en aleyas regocijantes de liturgias republicanas, y en apocalipsis fantásticas acerca del mundo viejo destruído y del mundo nuevo naciente, los girondinos surgían organizados para la pelea y para el asalto así á los constitucionales conservadores como á los revolucionarios extremos. Hombres de mucha fuerza en la opinión traían á la idea nueva una suma debilidad; hombres de mucha juventud é inspiración traían, sin quererlo y sin pensarlo ellos, la muerte y la deshonra sobre aquella revolución creadora y sublime. Hallábanse con una monarquía constitucional establecida y necesitaban servirla; pero como llevaban la República en el seno de su alma y en la masa de su sangre, por modo indeliberado é inconsciente, la deservían y la mataban. Semejábanse á la famosa heroína del poeta Goethe, en las «Afinidades electivas», quien casada con marido, no amado de su corazón; pero al cual juró ser fiel hasta la muerte, y lo fué, tenía sus engendros parecidos al amante, de quien su alma no se apartaba un minuto, aunque no lo veía nunca. Ministros de la Monarquía, que deseaban salvar, engendraron la República, que deseaban impedir. Todo, en el momento de reunirse la Legislativa, estaba por ellos. Más bien organizados, más bien dirigidos, más poderosos en el ánimo popular, más dispuestos á guardar sus ordenanzas, y á cumplir sus consignas, los jacobinos, carecían, por su falta y error de la

no reelección, del influjo alcanzado por sus émulos y rivales en el Parlamento, y por consecuencia, en el Gobierno. Aunque Robespierre les metía mucho miedo y les conminaba desde su club, no podía irles á la mano en el Congreso, para descomponer sus componendas y desurdir sus urdimbres. Ellos iban por encima de todo lo contrario á sus miras y sobre todos los contrarios á sus personas, hacia el gobierno y por el gobierno hacia la guerra. En atajarles el paso al gobierno estaba Robespierre muy decidido; pero en atajar el paso de su gobierno á la guerra sumamente indeciso. Aunque Vergniaud era el verbo de la Gironda, Brissot había tomado la dirección y el mando. Nunca fuera este publicista santo de la devoción del taimado Robespierre, quien le ponía entre las piernas para cazarlo y perderlo una jauría tan terrible como las aristofanescas burlas de Camilo. Mientras Robespierre fué diputado y Brissot publicista, lo pudo todo Robespierre contra Brissot; cuando Brissot fué diputado y Robespierre clubista, lo pudo todo Brissot contra Robespierre. Así le consagró éste á las furias de su odio inextinguible. Los girondinos, colocados en el término medio entre los constitucionales y los avanzados, enflaquecieron á los unos por sobradamente revolucionarios, y á los otros por sobradamente conservadores. En los primeros meses del noventa y dos se las hubieron aquellos inexpertos con el ministerio de la corte, reforzado por los constitucionales á la Inglesa, que inspiraba madame Staël en los salones, y que representaba el aturdido Narbonne, ministro de la Guerra, en el gobierno. La posición de tan excelsa dama y eximia escritora en estos momentos aparecía por todo extremo difícil, á causa de que los constitucionales todos la creían realista, por su marido, el embajador de Suecia, y los realistas, constitucional, por su protegido, (usemos esta púdica palabra), el ministro de la Guerra, y á todos los demás partidos, á girondinos, robespieristas, franciscanos, muy sospechosa de afinidades extranjeras y de tibieza liberal.

Cuando Madame Staël juzgaba ya vencedoras y prevaleciendo las ideas inglesas, tira el bueno de Lafayette á su juego, y lo compromete con sumo arte diplomático en su política, reduciéndole el reclamo, á que más obedecía su ánimo, el amor á la patria. Pero se llevó un gran chasco, pues le creía muy acepto á los girondinos, y éstos le detestaban desde que rompiera con su espada, en el Campo de Marte, la petición para el destronamiento de la dinastía. Robespierre, viendo tal estado de confusión entre anglomanos, constitucionales y girondinos, les socavaba desde su asociación jacobina el suelo á todos y les veía vacilar con grandísimo contento. Dantón, hombre de verdadera energía, la fuerza revolucionaria y el empuje ciego, quería la guerra con toda su alma, en tanto que Robespierre vacilaba sobre tal punto, prefiriendo los girondinos de Brissot á los anglomanos de Staël. Parecía sospechoso Narbonne, de pérfida extranjería y tibio liberal, para confiarle una guerra por la libertad y por la patria. Narbonne, habiendo ido á la frontera en aquellos meses, entre Diciembre del noventa y uno hasta Marzo del noventa y dos, halló las tropas en el mejor sentido á favor de la libertad. El discurso, dando cuenta de sus observacio-



nes, que leyó en la tribuna y escribiera madame Staël, estaba lleno de consoladoras ideas, que producían las más risueñas esperanzas. Pero el cauteloso Robespierre contestaba que debía ejecutarse algo para emprender la cruzada en favor del pueblo y no se podía ejecutar nada con un poder contrario al pueblo y enemigo de la patria. La Gironda, por su parte, no condenaba tan inapelablemente como Robespierre al poder monárquico, pero le amenazaba para que le rindiese parias y entregara el gobierno á manos girondinas. Gaudet habló de traición, proponiendo ya el cadalso para los traidores y Vergniaud imitando el célebre apóstrofe de Mirabeau sobre la ventana, desde cuyo quicio Carlos IX disparó el santo arcabuz contra su pueblo, decía ver desde su tribuna el Palacio, cercano ciertamente, á la vista, el Palacio de cuyo seno salieran siempre las conspiraciones y los conspiradores levantados contra el derecho humano y la soberanía nacional. Mientras estas palabras de la Gironda enardecen las almas, el comité directivo reparte picas entre las muchedumbres llamadas pasivas, á quienes las perplejidades múltiples de los constituyentes habían lanzado fuera del comicio. Seguros ya de sus fuerzas en las calles, arremetieron los girondinos al gobierno en el Parlamento. Con aquellas gentes, pica en mano y gorro á la cabeza, París parecía el Pandemonium de la guerra y de la revolución universal. Fuertes y populares no se atreven, sin embargo, los girondinos con la corte, se atreven resueltamente con los ministros cortesanos. El diez y ocho de Marzo de mil ochocientos noventa y dos, la Gironda hiere de muerte al Rey y lo apercibe al cadalso, proponiendo solemne acusación á sus ministros, y llamándoles á la barra, por haber negociado con el Austria contra Francia y á espaldas del Congreso. Palabras de fuego acompañaron estas catónicas resoluciones. Brissot hizo de fiscal. Vergniaud superó en acentos sublimes á Mirabeau. Aquel rayo de la elocuencia humana, que pareció extinto en la tumba del Titán, culebreó sobre la corona del Rey. La corte se asustó, despidió el ministerio anglomano que presidía madame Staël, representado por Narbonne, y aceptó el ministerio girondino. Triunfó la Gironda. Triunfos tan rápidos en política obtienen duración muy corta.



## CAPITULO QUINCUAGÉSIMO

La Francia revolucionaria y la Europa monárquica

El principal conflicto interior de la revolución surgió por los clérigos; el principal conflicto exterior por los emigrados. Estos provenían de la clase cortesana y de la clase patricia, creyendo unos que Francia necesitaba de su realeza como de su sol, y otros, creyendo, al ver establecidos los derechos naturales fundados en la igualdad, que se desquiciaba, no solamente la Francia de sus privilegios, la Naturaleza toda con sus elementos y con sus seres. El principio de abstención política perdió al partido francés de la conservación y de la derecha, muy numeroso, pero nada sabio. Absteniéndose al considerar dudosa la partida suya, rompieron los conservadores las leyes moderadas hechas, y crearon la imposibilidad de hacer otras en el sentido de la conservación política y social, sólo asequible por prudentísimas transacciones, en que reinara un verdadero espíritu de concordia, no un espíritu de revuelta y de combate. Los moderados, los conservadores, los patricios, contrajeron la fiebre reaccionaria, más terrible que la revolucionaria en violencia, resultando á la postre no menos batalladores y desordenados que todos los jacobinos juntos. Por su abstención de los comicios municipales del noventa, fundaron la comunidad revolucionaria del noventa y tres; y por su abstención de la Asamblea soberana, hicieron un código fundamental de guerra entre los poderes públicos, no de paz y armonía; por su abstención de la Legislativa entregaron el gobierno á los girondinos, inspirados patriotas, elocuentes, pero inexpertos y torpes, inciertos y perplejismos entre dos principios tan opuestos como la República y la Monar-